

Cultura e inculturación. Apuntes sobre el magisterio pontificio y el pensamiento de Víctor Andrés Belaunde

Luis Martínez Ferrer

Universidad Pontificia de la Santa Cruz

El Perú es un país mestizo, por su nombre, por su historia y por la mezcla de sus sangres.¹ Contemplando el pueblo peruano, viene a la mente la potencialidad del mensaje evangélico que, ya en Pentecostés, nació universal.

La inculturación, sin ser la cuestión pastoral más importante, sí que puede ser una de las principales, como han considerado los obispos y otros agentes de pastoral en diversas circunstancias, como la Conferencia de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) de Aparecida, o el Santo Padre Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Es evidente que la inculturación es una dimensión clave en la evangelización; abre hermosas perspectivas, pero no está exenta de riesgos. Por eso se impone, y así lo reconocieron, por ejemplo, los participantes al Simposio de Teología India de Riobamba (Colombia) en 2002, un conocimiento de los documentos del Magisterio sobre la inculturación como guía en esta acción pastoral.²

Definiendo conceptos. La cultura

Para elaborar cualquier ciencia es importante tener muy en cuenta las definiciones de los conceptos claves, para poder avanzar con seguridad. El con-

¹ Hay una síntesis de José Antonio DEL BUSTO DUTHURBURU, "El mestizaje en el Perú", en Margarita GUERRA MARTINIÈRE, Oswaldo HOLGUÍN CALLO, César GUTIÉRREZ MUÑOZ (ed.), *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002, tomo I, pp. 313-335. Para una visión general del mestizaje en relación con la identidad de América Latina, ver Luis MARTÍNEZ FERRER, "La primera evangelización y la identidad de América Latina", *Allpanchis*, 73/74, 2009, pp. 147-174

² Es lo que se pretende en el portal <www.inculturacion.net>. En particular, en la sección "Ensayos", los artículos: Ricardo José ACOSTA NASSAR, *El uso del término inculturación en los documentos de la Iglesia*; Luis MARTÍNEZ FERRER, *La belleza del reto de la inculturación*. Ver también el volumen Ricardo J. ACOSTA NASSAR y Luis MARTÍNEZ FERRER, *Inculturación: magisterio de la Iglesia y documentos eclesiales*, Promesa (Teología 5), San José, Costa Rica 2011, 2ª ed.

cepto de cultura ha recibido en los últimos dos siglos multitud de definiciones. Estas pueden ser reconducidas a dos ámbitos de significado:³

a) Cultura en sentido intelectual y referido a la persona. Hasta el siglo XVIII la cultura se refería al individuo singular, en un contexto de enriquecimiento intelectual y estético. Un individuo culto, cultivado por el estudio, es la persona refinada, erudita, con sensibilidad para apreciar la belleza musical, literaria, con capacidad de pensamiento que supera los estereotipos, de penetrar en lo menos evidente.

b) Cultura en sentido social, referida a un grupo. Por supuesto que esta definición sigue siendo válida, pero a partir del desarrollo de las ciencias sociales del siglo XIX, la atención sobre la cultura se ha hecho más social y se refiere más a un grupo de personas que comparten una misma identidad, unos mismos modos de desplegar su naturaleza humana. Se puede hablar de cultura francesa, cultura andaluza, cultura de la sierra peruana, etc.

Que las dos formas de entender la cultura no se excluyen entre sí lo muestra la definición de cultura que ofrece el Vaticano II, en la constitución que más atención presta al mundo actual:

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano. (*Gaudium et spes* 53).

Dos aspectos deseo destacar en la definición:

a) la combinación entre el aspecto individual y el social de la cultura: el hombre singular, que recibe tantos dones espirituales y corporales, los desarrolla y los pone al servicio de la colectividad, haciendo más humana la vida social. El hombre y la mujer no son seres que se proyectan en un entorno muy limitado, auto referencial, podíamos decir. Por la cultura el hombre mira fuera de sí, se proyecta para recibir y para dar, se abre hacia Dios y responde a su amor. Y todo eso llega a ser una herencia, un entramado de obras, instituciones, costumbres que van a caracterizar a un pueblo como premisa para nuevos desarrollos. Según Belaúnde “la patria es amor por las tumbas y por las cunas”.⁴

³ Se recomienda Hervé CARRIER, *Diccionario de la cultura. Para un análisis cultural y la inculturación*. Estella, Verbo Divino, 2004.

⁴ Víctor Andrés BELAUNDE, *Peruanidad*. Lima, Banco Industrial del Perú, 1983 (5ª ed.), p. 11. Así culmina la frase: “El amor de las tumbas es el amor de la tierra y de la herencia de los hombres que en ella yacen; el amor a las cunas da a la Patria un sentido de proyección hacia el porvenir”.

En este sentido el Papa Francisco define la cultura como “el estilo de vida que tiene una sociedad determinada, del modo propio que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios” (*Evangelii gaudium* 115).

b) En segundo lugar, en esta definición es fundamental considerar que es el hombre el sujeto de la cultura. Si se analiza la frase original en latín, el hombre es el sujeto gramatical de la frase, es el que recibe, el que actúa, el que progresa, el que deja un legado: *homo multifarias dotes animi corporisque perpolit atque explicat*. La cultura no está por encima de la persona, sino al revés. El hombre, como decía Juan Pablo II, “es el único objeto óntico de la cultura, es también su único objeto y su término” (*Discurso UNESCO* 1980, 7).

A nivel histórico, Pedro Borges Morán, gran investigador de la Iglesia en América, ponía de relieve que cuando los evangelizadores llegaron a Indias vieron muchos elementos hermosos y válidos en los indígenas, pero también otros indignos del hombre. Entre ellos estaban la promiscuidad de algunas tribus en las que los padres, hijos, hijas, y animales dormían mezclados en el pavimento de la cabaña. Los misioneros intentaron que los animales durmieran fuera, y que hubiera separación entre padres, hijos e hijas. En la percepción de Borges Morán esto era un esfuerzo positivo de dignificación de los indios. Había que cambiar ese aspecto de su cultura para el refinamiento personal de los naturales, para su higiene, y, en el fondo para que fueran más felices, y además más capaces de recibir el Evangelio. Es un ejemplo de cómo ha de verse la cultura al servicio de la persona y no al revés.⁵

Por otra parte, hay que decir que las culturas humanas necesitan de una cierta rigidez para poder mantenerse a lo largo del tiempo, de lo contrario no existirían las culturas ni las identidades. Y, al mismo tiempo, son estructuras flexibles: son sistemas, organismos estructurados con a) un núcleo profundo, que son los valores fundantes y criterios que hacen de arquitrabe de toda la cultura, b) unos niveles intermedios y c) unos aspectos exteriores, folclóricos, que muestran la identidad a nivel de danzas, vestidos, etc.

La Iglesia, llamada a evangelizar a las personas, se lanza a la transformación de los niveles más profundos de la cultura. Como bellamente expresó Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, el gran reto,

para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación.

⁵ Un resumen de esta problemática en Pedro BORGES MORÁN, “Primero hombres, luego cristianos: la transculturación”, en ID. (ed.), *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas*. Madrid, BAC, 1992, pp. 521-534.

Es muy interesante señalar como la visión de Belaúnde es muy similar a esta visión de la cultura como sistema. Para el pensador peruano,

La escuela católica no niega el carácter complejo del fenómeno cultural; factores físicos, elementos biológicos, fuerzas económicas, hechos políticos orientaciones estéticas; pero afirma que este complejo tiene un elemento superior informante o asumente que le da unidad y determina la cohesión social y la efectiva vivencia de la cultura. Dentro de esta concepción, la cultura es universalista por los valores ético-religiosos; pero es nacional por plasmarse en elementos concretos de territorio y de estructura económica y política. Se concilian la unidad esencial de la cultura con la pluralidad de sus manifestaciones. La ley cultural no es una ley de desarrollo inflexible; hay que considerar el factor humano de la libertad humana y de la Providencia Divina. La ley cultural no es optimista ni pesimista. La cultura es agoniosa; es decir, vive siempre en peligro, en la trágica y ennoblecedora disyuntiva de afirmarse o degenerarse y caer. La vida cultural puede estar comprometida por factores catastróficos externos o extrínsecos, mas su principal peligro está en la debilidad interna o en las corrientes desintegrativas de la unidad esencial de la síntesis viviente que preside la vida de cada pueblo. Es una posición realista e idealista; al mismo tiempo que acepta los periodos de decadencia de determinadas expresiones culturales nacionales, afirma la suprema esperanza en la voluntad creadora del hombre.⁶

Se trata de un pensamiento sencillo y profundo, en donde la cultura se entiende en un sistema con un eje vertebrador, que es el espíritu. En contraposición con otras escuelas de pensamiento, Belaunde afirma la existencia de una ley natural válida para todos, previa a las diferencias culturales, provocadas por las singularidades geográficas, económicas y políticas. El futuro de las naciones está en las manos de Dios y de la libre voluntad de los hombres. A la decadencia siempre se debe asociar la esperanza.

Realidad y concepto de inculturación

La realidad del proceso de fecundación, valoración y purificación de las culturas por parte del mensaje evangélico, es antigua como el Cristianismo. Consideremos de nuevo el texto de Pentecostés. “Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas” (Hch 2, 4). No eran lenguas enigmáticas, eran las lenguas de las gentes que tenían delante, “judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo [...] cada uno los oía hablar en su propia lengua” (Hch 5-6). Es interesante tanto el hecho en sí como el relieve que le da el escritor sagrado.

⁶ Víctor Andrés BELAUNDE, *La síntesis viviente*. [1950], en *Obras completas, VI: La síntesis viviente. Palabras de fe*. Lima, Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, 1993, p. 10.

“¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye hablar en su propia lengua?” (Hech 2, 8). Y después viene la famosa enumeración, que implica el trabajo de San Lucas de narrar con detalle el evento, pero más a fondo está el empeño del Espíritu Santo por recalcar que todas las lenguas, y por tanto todas culturas, reciben el mismo y único mensaje en sus propias categorías o maneras de conocer:

Partos, medos y elamitas, los que habitamos en la Mesopotamia o en la misma Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia Menor, en Frigia y Panfília, en Egipto, en la Libia cirenaica, los peregrinos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios (Hch 2, 9-11).

Es por tanto, un doble gozo: el de recibir las maravillas de Dios y el de escucharlas en la propia lengua. A este propósito la Comisión Teológica Internacional ha subrayado que

El día de Pentecostés, la irrupción del Espíritu Santo inaugura la relación de la fe cristiana y de las culturas como un acontecimiento de cumplimiento y de plenitud [...]. Mientras que la humanidad vive bajo el signo de la división de Babel, el don del Espíritu Santo se le ofrece como la gracia, trascendente y, sin embargo, muy humana, de la sinfonía de los corazones. La comunión divina (*koinonia*) (Hch 2, 42) recrea una nueva comunidad entre los hombres, penetrando, sin destruirlo, el signo de su división: las lenguas (*La Fe y la inculturación*, 1987).

Con estas premisas podemos ya proceder a dar la definición de inculturación, tal y como lo ha expresado Juan Pablo II, el pontífice que más se ha ocupado del argumento. Una referencia fundamental es la de la encíclica *Slavorum apostoli* 21, que describe el proceso de inculturación como “encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, a la vez, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia”. Se trata de un doble proceso que refleja el misterio de la Iglesia que aúna unidad y diversidad. El Evangelio debe encarnarse en cada cultura, no sólo adaptarse, debe penetrar en lo hondo de la cultura, y transformarla; el resultado será no ya una nueva cultura cristiana aislada, sino un miembro nuevo en el coro, en la sinfonía de los corazones cristianos.

Es muy interesante hacer notar que esta referencia a la inculturación se da en una encíclica con una fuerte dimensión histórica, en donde se celebra la obra de los santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de los eslavos. Refiriéndose a estos dos santos del siglo noveno, Benedicto XVI recordaba que en la obra de evangelización de los eslavos, los dos hermanos se opusieron a la llamada “herejía trilingüe”, que sostenía que sólo se podía hablar de Dios en tres lenguas: hebreo, griego y latín. Pero ellos hicieron, por así decir, hablar a Cristo en eslavo. Para el Papa Ratzinger, “Cirilo y Metodio constituyen el ejemplo clásico de lo que hoy se indica con el nombre “inculturación”: todo pueblo –sigue el Pontí-

fice- debe calar en la propia cultura el mensaje revelado y expresar la verdad salvadora con el lenguaje que le es propio” (*Audiencia General* 17 junio 2009).

Tenemos así un doble proceso virtuoso: la íntima transformación de una cultura concreta y la posterior expresión de la fe según la índole propia, y a la vez el enriquecimiento mutuo en el seno de la Iglesia universal.

No está de más hacernos eco de un documento de Juan Pablo II: el mensaje a los indígenas del 12 de octubre de 1992, V Centenario de la llegada de Colón la Nuevo Mundo:

Hace ahora 500 años el Evangelio de Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Pero ya antes [...] las “semillas del Verbo” estaban ya presentes y alumbraban el corazón de vuestros antepasados para que fueran descubriendo las huellas del Dios Creador en todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, los volcanes y las selvas, las lagunas y los ríos.

Es decir, con una visión muy positiva, el Papa subraya que la religiosidad prehispánica se basaba en un influjo de Dios. Y prosigue:

Todo esto, que los Padres de la Iglesia llaman las “semillas del Verbo”, fue purificado, profundizado y completado por el mensaje cristiano, que proclama la fraternidad universal y defiende la justicia.

Es decir, se hace alusión a la necesidad de purificar algunos elementos no dignos del hombre presentes en aquellas culturas (el fatalismo, los sacrificios humanos, la esclavitud, la explotación de la mujer, etc.).

Criterios de la inculturación

Podemos dar un paso más en nuestro discurso y hablar de los criterios que deben regir el proceso de inculturación. Los tomamos de la exhortación apostólica *Redemptoris missio* (nn. 52-54) de Juan Pablo II. El pontífice señala que los rasgos culturales deben superar la prueba de la “compatibilidad con el Evangelio y la comunión con la Iglesia universal”. Los obispos deben realizar una labor de atento discernimiento, puesto que, dice el Papa, “existe el riesgo de pasar acríticamente de una especie de alienación de la cultura a una supervaloración de la misma, que es un producto del hombre, en consecuencia, marcada por el pecado.” También ella debe ser “purificada, elevada y perfeccionada” (*Lumen Gentium* 17). Hoy claramente estamos en un momento de excesiva valoración de las culturas indígenas, por el hecho de que son indígenas, sin tener en cuenta si algunos de sus elementos son infrahumanos. Pongamos un ejemplo pienso que evidente: si en una cultura determinada se practica el enterramiento de la viuda cuando muere el marido, el hecho de que sea una costumbre ancestral no le confiere la condición de “intocable” como signo de una “identidad”. Las culturas deben poder abrirse a criterios universa-

les, de lo contrario pueden llegar a enquistarse, a convertirse en residuos arqueológicos.

Otro criterio fundamental de la inculturación es que debe seguir un proceso gradual, que requiere tiempo. Aquí vienen muy bien las palabras de Pablo VI en Kampala, en 1969: “Hará falta una incubación del misterio cristiano en el genio de vuestro pueblo, para que su voz nativa, más limpia y más franca, se alce armoniosa en el coro de la Iglesia universal”.

Una incubación que no se improvisa, y que tampoco debe ser confiada a unos llamados “expertos”, como explica Juan Pablo II:

Finalmente la inculturación debe implicar a todo el pueblo de Dios, no sólo a algunos expertos, ya que se sabe que el pueblo reflexiona sobre el genuino sentido de la fe (*sensus fidei*) que nunca conviene perder de vista. Esta inculturación debe ser dirigida y estimulada, pero no forzada, para no suscitar reacciones negativas en los cristianos: debe ser expresión de la vida comunitaria, es decir, debe madurar en el seno de la comunidad, y no ser fruto exclusivo de investigaciones eruditas (*Redemptoris missio* 54).

La inculturación, subordinada a la evangelización, como la cultura a la persona

Llegados a estas alturas del discurso, hemos visto que la inculturación es una tarea urgente, pero al mismo tiempo difícil y delicada. Decía Juan Pablo II que es “un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia. Pero es también un proceso difícil, porque no debe comprometer en ningún modo las características y la integridad de la fe cristiana” (*Redemptoris Missio* 52).

En otras palabras, la inculturación no ha sido, ni es, ni será, la tarea principal de la Iglesia, sino sólo una dimensión subordinada a otra más importante: la evangelización, el encuentro de amor con Cristo en forma personal y comunitaria. ¿Qué es lo que busca la inculturación? Favorecer la evangelización. Con la encarnación del Evangelio en una cultura se posibilita la evangelización, una más profunda vivencia del Evangelio, porque la dimensión cultural es esencial en el hombre.

Y es que la cultura no está por encima de la persona humana, sino que está a su servicio. Como vimos con la definición del Vaticano II, la cultura afina a la persona, le lleva a desarrollar los dones recibidos, le mueve a comunicarlos.

Es decir, que la inculturación está al servicio de la evangelización, es una dimensión, importante, pero una dimensión. En ningún modo inculturación y evangelización pueden identificarse. Y esto es así porque la inculturación se ocupa directamente de la cultura, que es a su vez una dimensión relativa a la persona. Cristo no murió por salvar a las culturas, sino por salvar a todos los hombres.

Un excesivo y no matizado énfasis en la inculturación y en las culturas puede llevar a perder de vista la grandeza de la apertura de todas las personas hacia el bien, la verdad y la belleza. Este es el motivo, a mi juicio, que ha llevado a Benedicto XVI a ocuparse poco de la inculturación, muy poco si lo comparamos con su predecesor. El papa Ratzinger ha preferido hablar de diálogo de culturas, de interculturalidad, para evitar, quizás, la cerrazón de las culturas en sí mismas, sin posibilidad de medirse con criterios universales válidos para todos los hombres. Estos temores no son meramente teóricos, y seguramente pesaron en Benedicto XVI algunas experiencias concretas para no dedicar mucho espacio en su magisterio a la inculturación. No es que no usara el término – antes hemos citado una referencia– sino que le dio una importancia muy relativa.

El sincretismo

Entre las muchas problemáticas que encierra la inculturación quería referirme a la del sincretismo, porque es una cuestión particularmente insidiosa. Etimológicamente la palabra griega *sincreticos* hace referencia a lucha de dos adversarios contra un tercero. En particular tiene el origen en las poblaciones de la isla de Creta: cómo los cretenses –siempre divididos entre sí– se aliaban ocasionalmente ante un enemigo externo. Es decir, es una unión un tanto forzada, ocasional, no una síntesis profunda. En teología pastoral y misionera el sincretismo es el modo de describir la amalgama del cristianismo con una cultura o religión en forma yuxtapuesta, ocasional.

El sincretismo puede ser interpretado en dos formas:⁷

a) como momento inicial de un proceso de evangelización, en el cual conviven elementos cristianos con otros paganos, en sí mismo incompatibles, pero aún no purificados. Es lo que sucedió en buena medida en la primera evangelización de América, donde la mezcla de ídolos y misterios cristianos tardó en superarse, y los indios eran, con término náhuatl, *nepantla*, estaban “en medio” entre dos religiones.⁸

b) La otra manera de ver el sincretismo es como proceso finalizado, en donde se da por sentado que se ha hecho una buena síntesis entre el Evangelio y la cultura indígena, cuando en realidad no es así: se ha llegado a una mixtura donde el mensaje cristiano se ha subordinado a los patrones tradicionales de

⁷ Tomo ideas de Louis J. LUZBETAK, *Chiesa e culture. Nuove prospettive di antropologia della missione* [tit. orig.: *The Church and Cultures. New perspectives in Missiological Anthropology*, Orbis Books, Maryknoll 1988]. Bologna, EMI, 1991, pp. 425-428.

⁸ José Rubén ROMERO GALVÁN, “«Padre no te espantes, pues todavía estamos nepantla». La evangelización como experiencia indígena”, en Alicia MAYER (ed.), *El historiador frente a la historia. Religión y vida cotidiana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas. Serie Divulgación, 4), 2008, pp. 149-165.

esa cultura o se ha hecho parte de ella, o es sólo una coloración folclórica de un núcleo pagano predominante. Todo esto es inadmisibile, y es una llamada de atención a los agentes pastorales: es una inculturación que ha errado el camino, porque no se ha puesto al servicio de la evangelización, sino de una cultura, muchas veces para provecho de una minoría, que desea seguir monopolizando el ascendiente en el pueblo.

El Pontificio Consejo de la Cultura lanzó en 1999 un documento: *Para una pastoral de la cultura*, que puede ser muy útil para enfocar el problema del sincretismo. La primera idea que debe ser retenida es que “el encuentro de la fe y de la cultura adviene entre dos realidades que no son del mismo orden”. El Cristianismo, el Evangelio, no es una cultura que dialoga con otras culturas. En la *Pastores dabo vobis* Juan Pablo II enseña que:

ante las culturas más dispares y a veces contrapuestas, presentes en las distintas partes del mundo, [la inculturación] quiere ser una obediencia al mandato de Cristo de predicar el Evangelio a todas las gentes hasta los últimos confines de la tierra. Esta obediencia no significa sincretismo, ni simple adaptación del anuncio evangélico, sino que el Evangelio penetra vitalmente en las culturas, se encarna en ellas, superando sus elementos culturales incompatibles con la fe y con la vida cristiana y elevando sus valores al misterio de la salvación que proviene de Cristo (n. 55).

A veces se ha presentado el Evangelio como un huésped que se sienta a dialogar “en el petate” con las demás culturas y religiones americanas, en un diálogo en el que todos son amigos de igual categoría. Sin embargo, el Evangelio no viene sólo para dialogar, viene para traspasar las culturas, para llegar a las personas y que éstas se pongan en contacto vital no con una cultura, sino con Jesucristo. Como explica el documento citado del Pontificio Consejo de la Cultura, en Pentecostés los apóstoles no lanzaron un discurso cultural, no hablaron sobre las culturas, hablaron de Cristo, de las maravillas de Dios. El sincretismo, si se da, es una señal de alarma, una llamada a seguir trabajando hasta que las prioridades queden definidas y las personas encuentren la verdadera felicidad, que se da en la relación amorosa que Dios nos presenta en Cristo Jesús.

La inculturación y el Papa Francisco

Como es sabido, el Santo Padre fue uno de los redactores principales del Documento de Aparecida, y allí se vertió algo de su pensamiento sobre la inculturación. No deseo aquí delinear un estudio del rico magisterio del Papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium*, pero al menos sí quería subrayar, a modo de pinceladas impresionistas, algunos rasgos.

El Papa es tremendamente positivo ante los desafíos de la inculturación.⁹ Se parte de que la diversidad cultural es algo querido por Dios porque, como dice Santo Tomás, “lo que faltaba a cada cosa para representar la bondad divina, fuera suplido por las otras” (n. 40), de modo que entre todas las culturas, bien purificadas, se entiende, se pueda reflejar mejor la bondad divina.

No duda el Papa en afirmar que “es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio” (n. 69).

Respecto a las culturas de antigua raigambre católica, y podemos pensar que es el caso de Perú, el rico patrimonio cristiano no puede quedar ensombrecido por algunas trabas. El Pontífice habla del machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica, el recurso a la brujería. Las dificultades no faltan, y son así descritas:

Es innegable que muchos se sienten desencantados y dejan de identificarse con la tradición católica, que son más los padres que no bautizan a sus hijos y no les enseñan a rezar, y que hay un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe. Algunas causas de esta ruptura son: la falta de espacios de diálogo familiar, la influencia de los medios de comunicación, el subjetivismo relativista, el consumismo desenfrenado que alienta el mercado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras instituciones, y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural (n. 70).

El Papa dedica hermosas palabras a la inculturación en la historia:

En estos dos milenios de cristianismo, innumerable cantidad de pueblos han recibido la gracia de la fe, la han hecho florecer en su vida cotidiana y la han transmitido según sus modos culturales propios. Cuando una comunidad acoge el anuncio de la salvación, el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio. De modo que, como podemos ver en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, “permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado” (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 40) (n. 116).

Un pueblo, pues, con muchos rostros, de forma que la Iglesia es la esposa de Cristo, adornada de tantas joyas. “Bien entendida –dice el Papa–, la diversidad cultural no amenaza la unidad de la Iglesia” (n. 117). Es el Espíritu Santo, como hemos visto en Pentecostés, el que logra el milagro de la unidad en la diversidad. Es por eso por lo que no hay que imponer una determinada forma cultural, por muy bella y antigua que sea, cuando evangelizamos un nuevo

⁹ Cf. Cardenal Jorge Mario BERGOGLIO s.j., *Cultura y religiosidad popular*, 19 de Enero de 2008, en www.inculturacion.net.

pueblo, por más que el Evangelio siempre lleva un determinado ropaje cultural. A este respecto destaca el Papa citando a su predecesor Juan Pablo II:

No podemos pretender que los pueblos de todos los continentes, al expresar la fe cristiana, imiten los modos que encontraron los pueblos europeos en un determinado momento de la historia, porque la fe no puede encerrarse dentro de los confines de la comprensión y de la expresión de una cultura (n. 118).

El Papa concede una gran importancia a la piedad popular, muy encarecida por Pablo VI y las Conferencias de Puebla y Aparecida. Allí fue definida como una verdadera “espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos” (n. 124). La piedad popular es el efecto del Espíritu Santo en un pueblo, que recibe una herencia y que a su vez trasmite esa herencia con formas nuevas:

Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación (n. 122).

Es una transmisión viva, más simbólica que objetiva, pero que llega consigo una gran carga teológica, que no se puede desperdiciar. Puede decirse, como afirma Puebla, que “el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo” (n. 122).

En un apretado y provisional balance, podemos afirmar que el Papa Francisco ha retomado con mucha fuerza el tema de la inculturación, dándole un impulso muy personal y positivo.